

Una ayuda tangible

La Iglesia nos ofrece entre sus tesoros la Comunión de los Santos. Somos una familia, la de los Hijos de Dios, en la que podemos estar de tres formas: «unos peregrinan en la tierra; otros, ya difuntos, se purifican; otros, finalmente, gozan de la gloria, contemplando “claramente a Dios mismo, Uno y Trino, tal como es”» (Lumen Gentium 49). Todos, sin embargo, nos encontramos unidos en el mismo amor a Dios y al prójimo. Todos somos reales. Y esos vínculos de amor que existen entre nosotros son fuertes, como los que mantienen los miembros de una familia que se quiere. **Los santos son, de este modo, una ayuda tangible que nos acompaña cada día en el camino hacia el Cielo.** Su cariño fraterno acude permanentemente a socorrer nuestra debilidad.

Esta comunión permitía a Santa Teresita del Niño Jesús afirmar: «Pasaré mi cielo haciendo el bien sobre la tierra» (Verba). También hacía decir a Santo Domingo de Guzmán, moribundo, a sus monjes: «No lloréis, os seré más útil después de mi muerte y os ayudaré más eficazmente que durante mi vida» (Relatio iuridica 4; cf. Jordán de Sajonia, Vita 4, 69).

Sin embargo, con frecuencia nos olvidamos de esta realidad, despreciamos la ayuda de los santos por falta de fe y **los convertimos en unos modelos sin vida.** Como dice el Catecismo, veneramos equivocadamente un recuerdo (cf. nº 957), los contemplamos como algo irreal e inalcanzable, como una mera estampa, o una imagen de libro a la que querríamos imitar con nuestras propias fuerzas. Y así dejamos de considerar lo que en verdad son: **eficaces hermanos, compañeros de camino que nunca nos abandonan.**



La Comunión de los Santos (tapiz, detalle) John Nava. Cathedral of Our Lady of the Angels (EE. UU.).

Cuando dejamos de tratar al Cielo según su naturaleza real, con frecuencia corremos a refugiarnos en “sustitutos descafeinados”. Es fácil de comprender: el camino del cristiano es arduo, la batalla contra el mal espíritu nos viene grande, nos sentimos indefensos. Y buscamos refugio: a veces en las propias fuerzas, a veces incluso en la seguridad de un grupo o comunidad eclesial. Pero ninguna de estas realidades humanas falibles y frágiles puede sustituir la Gloria del Cielo.

La consecuencia lógica ante la vulnerabilidad de lo humano, sin el apoyo de lo divino, es la desesperanza y la desilusión. Nos cuesta vivir del Cielo, nos empeñamos en vivir de soportes finitos que antes o después manifiestan su evidente limitación, y nos terminamos perdiendo el consuelo, la ayuda y la eficacia de los que viven ya en la eterna bienaventuranza.

Que Dios nos conceda levantar los ojos cada día y vivir –como decía una persona de Dios– con la mirada en el Cielo, el corazón en Cristo y las manos en la masa. Ojalá recuperemos **el trato fraterno con esos hermanos** que gozan ya de la Gloria y que desean, más que ninguna otra cosa, ayudarnos a alcanzar la vida divina plena. Apoyados en los santos nunca nos sentiremos solos, ni nos asustará la fragilidad de lo humano, ni reduciremos la riqueza de la vida cristiana a la limitación de la vida terrena, por buena que sea. En definitiva, **que Dios nos conceda no sustituir el Cielo por la tierra y no convertir a los santos en estampas.**

«Siempre nos es mejor tomar un consejo con humildad que darlo sin ella» (Carta 11)

RINCÓN IGNACIANO

Tomar consejo requiere humildad, implica saberse capaz de errar. Incluso el discernimiento, clave de la espiritualidad de san Ignacio, frecuentemente incluye el tomar consejo. Nadie es buen juez en propia casa y fácilmente confundimos nuestra propia visión con la visión de Dios. **Por eso encontrar un prójimo que pueda ayudarnos a discernir es un regalo de la gracia.** Por otro lado, dar consejo sin humildad denota arrogancia, impaciencia ante el prójimo, por lo que, al final, el fruto se frustra, dejando infecundo el consejo. Ser buen consejero requiere experiencia en dejarse aconsejar. **Ser buen guía presupone la actitud de dejarse guiar,** especialmente por el Espíritu Santo. Como santa Teresita que, como formadora de novicias, quería tener siempre una mano tendida hacia Dios para recibir de Él y otra hacia la novicia para darle lo de Dios, no lo suyo propio.

Con gran lucidez y acierto diversas publicaciones especializadas señalan que el principal problema de algunos jóvenes de hoy radica en parte en su **falta de sentido, su vacío existencial, su incapacidad para descubrir un horizonte** donde todo pueda adquirir un valor único. Se les llama “jóvenes sin memoria”, poniendo de relieve de manera implícita cómo en su generación se esconden los dramas de la generación precedente.

Todo comienza con aquellos que vivieron la guerra y sufrieron el hambre posterior. De niños, fueron testigos del ingente esfuerzo de sus padres para poder sacarlos adelante y reconstruir un país; de mayores, **hicieron todo lo posible para que sus hijos no sufrieran** y que la vida les resultara más sencilla de afrontar. Sin duda, transmitieron con su ejemplo el sentido del esfuerzo y del sacrificio, pero no de la conquista, aunque nos cueste.

Y así, como soldados bien equipados pero temerosos del fragor de la batalla, las generaciones occidentales cada vez **se retiran antes frente al sufrimiento**, rechazando permanecer en contacto con el misterio de la ausencia, de lo que no existe, de lo que ya no está y de lo que aún no sucede. De todo aquello que no somos capaces de aferrar y retener.

En las últimas décadas, esta parálisis ante el dolor, ha producido una búsqueda, a veces obsesiva e incluso morbosa, del placer y la satisfacción, oscureciendo la actitud fundamental del hombre de afrontar el fracaso y crecer en la derrota. En consecuencia, podemos encontrar en escena **padres incapaces de soportar sus propios errores**, indefensos al reconocer que son una de las primeras causas de la “infelicidad” de sus

propios hijos. Pero, paradójicamente eso es precisamente lo que un padre ha de generar en su hijo: una “sana herida” que le descubra esa insatisfacción tan humana y esa sensación de “finitud” **tan necesaria para ponerse en juego y encontrar por fin su propio camino.**

Nuestros jóvenes en ocasiones son víctimas de padres teóricamente perfectos que han olvidado cómo equivocarse, que han dejado de aceptar llevar el sufrimiento y el dolor a la vida de los que aman, de **padres incapaces de verlos suspirar.**

Desde pequeños, les impedimos la decepción, les privamos de la oportunidad de percibir que necesitan otra cosa, algo que pueden pedir o buscar. Les llenamos de juguetes, dibujos, pagas, distracciones, ropa, etc., para que no lloren. Les enseñamos a llamar “malo” al escalón en el que han tropezado, al amiguito que les ha quitado el columpio, al profesor que les ha corregido. **No siendo capaces de soportar nuestro dolor, les alejamos del suyo.** Evitamos su llanto, por no tener que sufrir el nuestro. No sabemos (o no podemos) hacerlo de otra manera.



Los jóvenes en ocasiones son víctimas de padres perfectos que han olvidado cómo equivocarse.

Sin embargo, normalmente al llegar a la adolescencia, nuestros hijos descubren por sí mismos hasta qué punto hay una clara desproporción entre lo que existe y lo que se anhela; les arrojamos a un vacío que ningún trabajo, éxito ni abrazo podrá colmar. Sólo habrá una compañía capaz de devolverles la esperanza en ese mar donde reina la soledad. Una verdadera amistad con Alguien que nos ayuda a **recuperar esa promesa que nos arranca de la nada** y nos redescubre cada día el sentido de nuestra vida.

Unidad en las diferencias

Miremos a nuestras diócesis, a nuestras comunidades, a las congregaciones religiosas. Tantos carismas, tantas formas de realizar la experiencia creyente. La Iglesia es una en una experiencia multifacética. Es una, sí. Pero en una experiencia multifacética.

El Evangelio es uno, pero son cuatro y son diferentes, pero **esa diferencia es una riqueza.** Esto aporta a nuestras comunidades una riqueza que manifiesta la acción del Espíritu.

La tradición eclesial tiene mucha experiencia en cómo “manejar” la multiplicidad dentro de su historia y de su vida. Hemos visto y vemos de todo: una gran riqueza y muchos horrores y errores. Y aquí tenemos una buena clave que nos ayuda a leer el mundo contemporáneo. Sin condenarlo y sin santificarlo. Reconociendo los

NOS HABLA EL SANTO PADRE

aspectos luminosos y los aspectos oscuros. Como también ayudándonos a discernir los excesos de uniformidad o de relativismo: dos tendencias que tratan de borrar la unidad de las diferencias, la interdependencia.

La Iglesia es una en las diferencias. Es una, y esas diferencias nos unen en esa unidad. **¿Pero quién hace las diferencias?** El Espíritu Santo: Él es el maestro de las diferencias. **Y ¿quién hace la unidad?** El Espíritu Santo: Él es también el maestro de la unidad; **ese gran artista, ese gran maestro de la unidad en las diferencias es el Espíritu Santo.**

Salimos de la boca del metro con paso ligero. No queríamos llegar tarde. Faltan 20 minutos y la Catedral de la Almudena está repleta: es Pascua, se bautizan cuatro universitarios y se confirman más de 50. Es una fiesta.

Dentro, padrinos y familiares se preparan para la celebración. Los confirmandos están animados. No es el primer sacramento que reciben. No. Ellos ya eran cristianos. No así los cuatro catecúmenos sentados en primera fila. No así Tarek José y Luna María Cecilia Li. Ellos recibirán el Bautismo, la Confirmación y, además, comulgarán por primera vez.



Tarek y Luna esperando el comienzo de la celebración.

Tarek José y Luna María Cecilia Li son dos jóvenes que conocieron a los Siervos de Jesús en una capilla que estos atienden en la Universidad Complutense de Madrid.

¿Quién iba a decir que de las conversaciones con amigos, las peregrinaciones, los viajes juntos y unas cuantas Coca Colas, descubrirían una riqueza que querían a pesar del origen de cada uno?

Él es de familia marroquí y estudia Derecho. Escogió llamarse José al bautizarse porque ve en San José un modelo de hombre. Ella es china. Sólo había oído hablar de Jesús como el personaje histórico. Estudió Finanzas y, porque le apasiona la música – toca el violín – quiso llamarse Cecilia. María es el nombre de su Madre y Luna es como le llaman en la universidad.

Cuando comienza el canto de entrada, pasan por delante, en dos blancas columnas, sacerdotes y capellanes que han acompañado a los universitarios. José y María Cecilia observan con cierta curiosidad y mezcla de nerviosismo. Rodeados de sus amigos y de los que Dios ha dispuesto en su camino hacia Él, están convencidos de estar allí.

Primero la bienvenida y monición del secretario de Pastoral Universitaria. En seguida las miradas se centran en la primera fila de la catedral donde están los que piden ser admitidos a la Iglesia. Resuena en la mente lo que acabamos de cantar: *“Siempre quiero estar para adorar”*. Siempre, que comience, que no termine; quiero, deseo, pido; estar, permanecer; para adorar...

Nos sentamos para escuchar la Palabra de Dios. José y María Cecilia saben lo que hay que hacer. No es su primera

Misa. Todavía tienen esa saludable tensión de no equivocarse, como los niños cuando van aprendiendo por imitación. A Dios le debe causar infinita ternura ver cómo miran de reojo, se cercioran de hacerlo bien.

La primera lectura es la caída de Saulo (Hch 9,1-20). «¿Quién eres, Señor?». María Cecilia sigue la narración en el cuadernillo que tiene. José mira silencioso el altar. Los otros universitarios que se bautizan también están callados. «Aquí estoy, Señor» (Hch 9,11). «Aquí estoy» será precisamente lo que dirán confirmandos y catecúmenos cuando se presenten ante la comunidad.

Termina la homilía y el cardenal arzobispo de Madrid, D. Carlos Osoro, se pone de pie. Le colocan la mitra, el báculo y se encamina delante del altar: es momento de llamar a los que han pedido entrar. Antes se implora al Señor, a María Santísima y a todos los santos que intercedan por los presentes. Allí están San José y Santa Cecilia cuidando que no flaqueen las piernas de sus ahijados.

Tarek una vez dijo: «eso de “ser una criatura nueva” por el Bautismo, no lo entiendo. Me da un poco de miedo “dejar de ser yo”». Por el Bautismo serán más auténticamente ellos mismos.

El cardenal llama uno a uno a los candidatos acompañados de sus padrinos para que se acerquen al altar. Ellos dan el nombre que el bautizado ha elegido. El cardenal coge el agua



Los bautizados (centro) con sus padrinos y algunos confirmados de la Pastoral Universitaria.

y repitiendo el nombre del candidato, pronuncia la fórmula: «yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

Tarek José y Luna María Cecilia Li no levantaron su cabeza en ningún momento. Incluso se tuvieron que inclinar más para que el arzobispo alcanzara a verter el agua con facilidad. Habían cruzado por «el pórtico de la vida en el espíritu», habían sido «ungidos» y recibido el Cuerpo de Cristo, todo en un día. Y, no obstante, al salir de la catedral y verlos reír con sus amigos, eran los mismos de siempre, alegres.

Que sean los mismos está bien. El Señor los ha buscado, los ha asociado a Él así como son. Y ellos han querido responder: *“Siempre quiero estar para adorar, Señor”*.

El Padre era el que más lloraba

Yo soy tu Padre, dice Dios,
el del “Padre nuestro que estás en los cielos”.
Mi Hijo se lo ha dicho a los hombres:
que Yo soy su Padre.
El que es padre es padre ante todo,
y el que una vez ha sido padre
ya no puede ser nunca más que padre.
Bien sabía mi Hijo Jesús lo que hacía
al enseñarles a rezar así,
bien sabía lo que hacía Él, que les amó tanto
que vivió con ellos y hablaba como ellos
y sufría como ellos y murió como ellos
y se trajo al cielo un sabor a hombre,
un cierto sabor a tierra.
Dichoso el que se duerme en su cama
bajo la protección de esas palabras
que van por delante de toda oración
como las manos del que reza
van por delante de su rostro,
y que me vencen a mí, el Invencible (...).

Charles Péguy

RECOMENDAMOS



El sí al don de Dios. En torno a la cuestión de género de Ricardo Aldana, S. de J., es una lectura recomendada para la formación de quienes perciben la necesidad de pensar, a la luz de la fe, el debate sobre la cuestión de género. A través de preguntas y respuestas, el libro trata de expresar que **lo que aquí está en juego** no es sobre todo una cuestión moral, sino, antes, **nuestra capacidad para reconocer la bondad del don del ser.**

«La base de toda educación es la acción de gracias por el propio ser, o sea, el reconocimiento agradecido del Origen. Cuando falta este fundamento y hay que buscarlo hacia adelante, mi vida carece de sentido, también mi cuerpo. Es necesario dar sentido a lo que no lo tiene, a mi vida y a mi cuerpo».

PARA COLABORAR:

Bizum 00915
CaixaBank ES37 2100 3861 9202 0008 5722

Los donativos a los Siervos de Jesús se desgravan en la cuenta del IRPF: hasta 150€ un 80% de su importe, más de 150€ un 30% (o un 35% si se han reiterado varios años) o, en su caso, el 35% en la cuota del Impuesto de Sociedades (40% si se han realizado en varios años).

• El 30 de marzo el **embajador de México ante la Santa Sede**, D. Alberto Barranco, visitó la parroquia de Cesano, Italia.

• La parroquia de San Judas Tadeo en Puebla, México, celebró la Pascua con los **grupos de adolescentes, jóvenes y jóvenes profesionales.**



• El 30 de abril la comunidad de Siervos de Jesús de la parroquia San Jorge de Olanchito **participó en la macro peregrinación de la Diócesis de Yoro al templo de Luquigüe**, testigo de la evangelización entre los indígenas en Honduras desde hace 400 años.

• El 7 de mayo la parroquia de los Santos Apóstoles Felipe y Santiago el Menor de Madrid, **celebró su 60 aniversario en una misa presidida por el cardenal arzobispo D. Carlos Osoro.** Una exposición fotográfica recordó los 60 años de la parroquia y no faltó una paella multitudinaria.



• El Superior General de los Siervos de Jesús, P. Carlos Balderas, **realizó la visita canónica a las comunidades de los Siervos de Jesús en España e Italia.** En su estancia en Roma presidió la Santa Misa con nuestros estudiantes y sacerdotes en la casa donde vivió y murió San Ignacio de Loyola.



APUNTA EN TU AGENDA

- Las **Vacaciones para Jóvenes Profesionales** serán en Toro, Zamora, del 27 al 31 de julio.
- Las **Vacaciones para Familias** también serán en Toro, del 2 al 6 de agosto. Más información por WhatsApp al 626 899 937.

SUSCRIPCIÓN Y CONTACTO:

www.amaysirve.es
contacto@amaysirve.es
C/Desengaño 10 3ª A
28004 Madrid | 915 323 820

